

ÁLVAREZ TARDÍO, Manuel, *Gil-Robles. Un conservador en la República*, FAES-Gota a Gota, Madrid, 2016, 312 pp.

Manuel Álvarez Tardío, profesor de la madrileña Universidad Rey Juan Carlos, ha dedicado sus mejores esfuerzos al estudio de la historia política de la II República española. El libro que presentamos es su primera biografía y también la más satisfactoria de las que contamos sobre José María Gil-Robles Quíñones, el fundador y líder de la CEDA. Sin embargo, el propio título muestra alguno de los límites de esta obra. En primer lugar, se cuenta la vida de Gil-Robles hasta 1936, dedicándose solo las páginas 255-273 del «Epílogo» al resto de su vida, hasta su muerte en 1980. En segundo término, solo en un sentido muy amplio puede considerarse a Gil-Robles como un político conservador: más exactamente, era un católico fuertemente enraizado en el pensamiento tradicionalista, modernizado por la influencia en su vida y en su doctrina de Ángel Herrera y su Asociación Católica Nacional de Propagandistas.

El libro de Álvarez Tardío se organiza en ocho capítulos que narran los acontecimientos en orden cronológico, desde su nacimiento en Salamanca en 1898 hasta julio de 1936, seguidos del epílogo al que ya me he referido, de las notas y de las fuentes. De estas últimas hay que decir que, si bien en la relación final se citan hasta nueve archivos, la consulta de las notas muestra que la obra se ha construido sobre todo a partir de la bibliografía, de la prensa de la época y de los Diarios de sesiones de las Cortes. El libro no incluye un índice onomástico.

Álvarez Tardío ha hecho un muy buen trabajo, un muy buen análisis de una personalidad, una doctrina y una obra política que no solo fueron objeto de fuertes polémicas, sino que en cierto modo las provocaban. Para entenderlo basta con evocar lo que fue el panorama político y el sistema de partidos de la II República. La Constitución de diciembre de 1931 no solo defendía el régimen republicano que resultó de las elecciones municipales de abril de 1931. En ella se propugnaba una nueva España que ponía límites a la influencia de la Iglesia Católica —incluyendo la expulsión de los jesuitas y la prohibición de enseñar a todas las órdenes religiosas—, buscaba reformas sociales profundas (agraria, militar y educativa) y la autonomía para las regiones con lenguas y culturas diferenciadas. Los partidos que apoyaban dicho modelo incluían varias pequeñas formaciones republicanas de derechas (con Niceto Alcalá-Zamora y Miguel Maura como líderes), el centro radical de Lerroux, los republicanos de izquierdas de Manuel Azaña y Diego Martínez Barrio y, por último, el PSOE. Fuera del régimen se colocaban los anarquistas y los monárquicos alfonsinos y tradicionalistas.

En ese contexto, el autor define bien el papel que quiso dar Gil-Robles a su formación de derechas. Como él mismo señala en las conclusiones de su obra, el principal logro de Gil-Robles «consistió en canalizar el desconcierto, el miedo y la oposición a las políticas de la coalición de izquierdas —y a ese anticlericalismo que formaba parte de la tradición republicana española y que hizo acto de presencia apenas un mes después de proclamada la República— hacia una posición de defensa de los intereses conservadores y católicos que no fuera la de una simple resistencia o inmovilismo numantinos, sino que apelara a la movilización del voto y la reorganización en un contexto de elecciones con sufragio universal y competencia elevada. En ese sentido —continúa afirmando Tardío—, su legado más notable en la historia de la política española es el de haber sido el máximo responsable del diseño, puesta en marcha y dirección del que, sin duda, se puede considerar el primer gran partido moderno de la derecha española. La CEDA no fue obra suya exclusivamente, pero es incomprensible sin él y sin la potencia de su liderazgo en los años treinta. Pese a las críticas que le dedicaron los monárquicos, que no se cansaron de reprocharle su accidentalismo [entre las formas monárquica y republicana de gobierno] e incluso su pretensión de reformar la República del 31 siguiendo los cauces legales, no hay duda de la capacidad que demostró Gil-Robles para coordinar la vida interna de su partido y volcarse, como pocos políticos de aquella época, en la organización y movilización de miles de simpatizantes y millones de votantes. Sus muchos años de vida política le depararon no pocos fracasos, como el naufragio de su liderazgo en el trágico contexto de la primavera de 1936 o el que cosechó en su intento de conducir la estrategia de don Juan después de la Segunda Guerra Mundial. Ahora bien, si en algo triunfó fue, sin duda, en la configuración de un partido moderno, tanto por su estructura organizativa como por las técnicas que utilizaron para la propaganda y la movilización».

«Aunque el hecho mismo de tener que levantar desde la nada y en muy poco tiempo un grupo de características similares a los *catch-all parties* conllevó también que su configuración ideológica fuera, lógicamente, más heterogénea y flexible que la de un partido pequeño, disciplinado y orientado a los creyentes, como fue el caso del monárquico Renovación. No obstante, en la tarea de modernizar la derecha española y prepararla para la competencia democrática dejó muy atrás a las grandes figuras de la política republicana como Manuel Azaña, Niceto Alcalá-Zamora e incluso Alejandro Lerroux. La eficacia con la que trabajó para dotar a la derecha católica de una organización poderosa, debidamente jerarquizada, centralizada y con una presencia territorial homogénea, capaz de ganar unas elecciones como las de 1933 [las primeras elecciones democráticas de la historia de España, según Roberto Villa], haciendo todo esto en menos de un año, sólo es comparable, en términos de movilización política, a la fuerza movilizadora y organizativa que demostraron los socialistas».

Sin embargo—son también palabras del autor— «siempre se ha recalcado más la parte del debe que el haber de Gil-Robles, dado el final abrupto de la po-

lítica de los posibilistas, que, aunque volvieron a demostrar que eran el partido conservador más sólido y mejor organizado en las elecciones de febrero de 1936 [estudiadas en una obra reciente por el propio Manuel Álvarez Tardío y por Roberto Villa], terminaron sobrepasados por unas circunstancias en las que resultaba difícilísimo convencer a las derechas de que todavía podía confiarse en un gobierno republicano para mantener el Estado de derecho».

De todos modos —y también en este punto estoy de acuerdo con las conclusiones del autor— «muy poco se ha reconocido el papel de Gil-Robles antes de la guerra civil». Cuando, en momentos de profunda crisis social y política, un partido como la CEDA decide defender su política en el marco del poder constituido pero manteniendo su crítica a aspectos centrales de la cultura política tal como estaba recogida en la Constitución, inmediatamente se veía sometida a una doble y dura crítica: la de sus excompañeros monárquicos, que les reprochaban sus veleidades con el nuevo régimen, y la de los defensores de la República y de su Constitución que no podían, o no querían, tolerar una política orientada a la misma revisión constitucional, aunque esa política fuese pacífica. En ese marco se entienden las profundas sospechas de la izquierda hacia la CEDA y su líder —un «clericalfascista»— como se entiende también la actitud del líder cedista hacia el PSOE —y hacia la izquierda republicana en general— por su opción por la violencia para salvar a *su* régimen sin respetarlo.

*Ignacio Olábarri Gortázar*